



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11847

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
jera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 8 DE MAYO DE 1901

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras ó  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## LOS ARSENALES

Se encuentra ya entre nosotros la comisión inspectora de los arsenales del Estado y ha dado comienzo á sus tareas.

Seguramente el estudio que va á realizar es una especie de lección de repaso que le pondrá en conocimiento de cosas olvidadas.

En los largos servicios prestados por los señores Angulo y Morillo en los arsenales, han debido descubrir deficiencias; y pensando en las mismas, alguna vez se habrán preocupado del remedio que podía tener si de ellos dependiera aplicarlo.

Viene la comisión para inspeccionar las construcciones y para proponer los medios de que se acaben pronto. Viene á impedir que pasen quince ó veinte años entre el momento de poner la quilla de un buque y el instante en que queda listo para navegar. Viene á estudiar los medios de impedir que resulten antiguos los buques construidos en los talleres mencionados, siendo así que al comenzarlos eran modernísimos.

Vicios son esos de la administración ningún ministro ha sabido ó podido cortar y que deseamos de todas veras corte el Duque de Vergara. Lo que no deseamos, ni esperamos ni tememos siquiera, dadas las seguridades que de Madrid nos dan, es que para remediar las deficiencias mencionadas, reduzcan los arsenales á simples factorías ó los cierren.

Eso sería lo mismo que si el médico encargado de la asistencia de un enfermo ordenara que le cortaran la cabeza para curarle una neuralgia.

Los buques se estacionarán en los astilleros más tiempo del debido, pero eso no es una razón para que el arsenal no sirva ni para que se disminuya la maestranza.

Precisamente no hay ninguno en España mejor situado con relación á los conflictos internacionales que puedan ocurrir, ni hay maestranza mas sufrida que la cartagenera. Jamás ha creado un conflicto al gobierno ni ha hecho trabajos malos. Y cuando la patria ha reclamado sus esfuerzos, lo ha hecho sin murmurar siquiera, arrancando energías poderosas de su mismo cansancio para proseguir en la noche el trabajo del día.

Arrojar á esa maestranza un mendrugo, que tal supondría dejarle los trabajos de menos importancia; disminuirla dando á los obreros despedidos como pago á servicios diladados la desesperación por premio sería cosa fuerte, y eso que no lo aconseja el sentimiento no lo admite siquiera la conveniencia nacional, que necesita un buen arsenal en el Mediterráneo y dispuesto en el para lo que se ocurra una buena maestranza.

Las economías se imponen, ya lo sabemos; más no ignoramos que por otras malas entendidas que constituyeron el célebre presupuesto de la paz, se vendió material del ejército que á poco fue necesario reponerlo con grandes sacrificios.

Si la experiencia nos ha aleccionado, ahora se ha de ver y lo veremos.

## MICROSCÓPICAS

¡La pena de muerte! ¡Qué desconsoladora! ¡Y que horrible cuando se equivoca la justicia!

Hace seis años fué asesinado en Francia un sacerdote al parecer por otro compañero. Contra esto se volvieron todos los indicios de culpabilidad; indicios concluyentes, aplastantes que empujaron al pobre religioso á la cárcel. La espada de la ley cayó sobre su cuello y la vindicta pública quedó satisfecha.

¡Y era inocente el cura! ¡Era más, era mártir! El verdadero criminal le había confesado su delito en el confesonario y antes que faltar á la santidad de un juramento, prefirió que cayese sobre su cabeza la deshonra y la muerte!

Como error, mucho hace pensar en la triste situación de ese hombre. Su instinto de conservación tal vez le aconsejara abrir la boca y pronunciar un nombre; pero su espíritu valiente le ordenó lo contrario é inclinó el cuello ante la guillotina.

Y ahora aparece el culpable verdadero y confiesa su culpa. Y se espantan los vecinos del infeliz guillotinado de haber sido crueles con el muerto. Y tiembla la sociedad en presencia del error cometido. Y se apresura la justicia á devolver la hora á quien ya no puede devolver la vida. Y se enternecen las almas generosas y se arrasan de lágrimas los ojos pensando en las torturas infinitas de ese sacerdote del divino Jesús, que al dirigir al cielo la última oración, pudo decir como el Martir del Gólgota.

¡Padre, padre! hoy estaré contigo en el Paraíso.

Raul.

## SANATORIOS POPULARES PARA TÍSICOS

Si algún periódico dijera mañana que en uno de los suburbios de Madrid había ocurrido un caso sospechoso, de cólera, la noticia llegaría con la rapidez del rayo al rincón más apartado de España. El temor, la zozobra, la inquietud, atormentarían los ánimos, y para muchas personas no habría descanso posible en tanto no dijeran las autoridades que la noticia carecía de fundamento, y que la alarma era de todo punto injustificada. Los médicos más acreditados de Madrid, dirían, han examinado el caso, y no cabe duda: se trata de uno de esos estados propios de esta época del año. Eso no obstante, añadirían, para calmar el disgusto natural que ciertos rumores producen en la opinión, y para que todo el mundo pueda ver lo prevenidos que vivimos, se extremarán las medidas sanitarias, y no solamente se aislará el enfermo, se desinfectará el cuarto que ocupa, la casa en que vive, y sus ropas y efectos, sino que se han dado las órdenes oportunas para que con toda urgencia se pongan en disposición de ser enviadas adonde hagan falta las estufas adquiridas hace dos años en el extranjero, y que desde entonces se encuentran en Madrid, cuidadosamente almacenadas. Es decir, que no se omitirá ninguno de los medios que la ciencia y la experiencia aconsejan para ahogar en sus comienzos cualquier enfermedad infecciosa que se pueda presentar, impidiendo su propagación, y evitando su contagio.

Pues bien; existe una enfermedad infecciosa como el cólera y como él transmisible y contagiosa, de tal modo extendida por el mundo entero, que no hay país donde no se desarrolle en mayor ó menor grado, ni epidemia que con ella pueda compararse; y sin embargo, apenas si de ella se hace caso. Por lo menos, no inspira el terror que aquellas otras que de vez en cuando se presentan en forma de epidemia, y que parecen que vienen á exterminarnos. Menos aparatosa que ellas, la tuberculosis, que es la enfermedad de que hablamos, resulta mucho más terrible, porque es un mal permanente, que no deja un solo momento de producir sus estragos. Ni la edad, ni el sexo, ni la posición social, eximen de padecerla. Es cierto, sin embargo, que si en todas las edades se puede padecer y so padere, en cada una tiene su predominio especial sobre determinados órganos y aparatos, y que principalmente se ceba en el hombre adulto, cuando se considera con más bríos, y cuando el mundo le parece chico para desarrollarlos. Algo parecido ocurre con el sexo, y algo también con la profesión, escogiendo de preferencia sus víctimas entre los que se dedican á oficios sedentarios, en parajes reducidos y cubiertos, faltos de sol y de luz, y escasamente ó mal ventilados. En cuanto á la posición social, es un hecho repetidas veces comprobado que si á los ricos no les libra su riqueza, les dá medios de defensa de que carecen los pobres, y les exime de las amarguras y tormentos á que condena á los pobres su falta de recursos.

Cuando se piensa que en Rusia mueren anualmente de tuberculosis 4 personas por cada 1.000 habitantes, 3 en Francia, cerca de 2 Noruega, 2 1/2 en Alemania y en España, más de 3 en Hungría y 3 1/2 en Austria, el ánimo se llena de espanto, y no se explica cómo puede mirarse con indiferencia una enfermedad que causa tantos estragos. Quizás la indiferencia pública se-  
ría menor si se supiera que en Francia mueren todos los años 170.000 tísicos, de los cuales devora París cerca de 13.000, y que de los 60.000 que aproximadamente mueren en España corresponden más de 2.000 á Madrid, mientras que en Londres, con 4.651.000 habitantes solamente han muerto 2.061 en el primer trimestre de este año, que multiplicados por 4 dan los 8.000 tuberculosos que anualmente pagan su tributo á la muerte en aquella inmensa ciudad. Así ha ocurrido en otros países y así es forzoso que ocurra también entre nosotros, para que veamos la manera de poner remedio á un mal que ocasiona anualmente más de dos millones de víctimas en Europa.

La tuberculosis es, sin duda, una de las enfermedades mejor estudiadas por la moderna patología. Desde que en Mayo del 82 Koch descubrió, ó dió á conocer, mejor dicho, el bacilo que lleva su nombre, la tuberculosis fué total y universalmente aceptada como enfermedad infecciosa, inoculable y susceptible de transmitirse de un individuo á otros. Las ideas sustentadas por Villemin en su notable memoria presentada á la Academia de París el día 5 de Mayo de 1865, que tan acaloradas discusiones suscitaron en Europa durante cerca de cuarenta años, recibieron una completa confirmación con el memorable descubrimiento de Koch. Desde entonces, ya no se discute entre los médicos la naturaleza de la enfermedad. El hecho, era, indudablemente, de una importancia capital, y así habrá de consignarse en el libro de la historia de la medicina; pero la opinión se extravió al creer que descubierta la causa del mal sería fácil hallar el remedio, y él mismo Koch participó del error cuando en el invierno del 84 anunció su célebre tuberculina.

Atraídos por el prestigio de su nombre y seducidos por el misterioso encanto del nuevo y desconocido remedio, los tísicos acudidos de todos los países del mundo, animados con la esperanza de hallar un término á su mal, volaron hacia Berlin, y á millares fueron á dejar sus huesos, aquel crudísimo invierno, en los cementerios de la capital del reino prusiano. Por desgracia no había sido en el tratamiento, sino en la naturaleza y en el diagnóstico de la enfermedad, donde se había dado un paso gigantesco. Pero partiendo del principio de que los organismos sanos, fuertes y vigorosos, son refractarios al mal, un hombre de genio, Brehm, sentó hace medio

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 14

EL SITIO DE SEBASTOPOL

15

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 16

jer, cuyos ojos brillan de entusiasmo, os contempla y mira al marinero, que se volvió de espaldas, y hace como que no oye lo que ella dice, ocupado en peinar hilas sobre su almohada.

—Es mi esposa, Vuestra Nobleza;—dice por fin el hombre con una entonación que parece significar, «hay que excusarla, todo eso es charlatanería de mujeres; ya sabe V. tonterías, ¡yaya!»

Entonces comenzais á comprender lo que son los defensores de Sebastopol, y os avergonzáis de vosotros mismos en presencia de aquel hombre: quisierais expresarle toda vuestra admiración, todas vuestras simpatías, pero las palabras no acuden ó las que se os ocurren nada dicen, y os limitais á inclinarte en silencio ante aquella grandeza inconsciente, ante aquel temple de alma y aquel exquisito pudor del propio mérito.

—Bueno. Que Dios te cure pronto—decís; y os deteneis ante otro, paciente acostado en tierra y que parece esperar la muerte presa de horribles dolores. Es rubio; véis su rostro pálido, abotargado; tendido de espaldas, con la mano izquierda hacia atrás, su posición revela lo agudo de sus sufrimientos. Seca y abierta la boca, deja pasar trabajosamente la respiración silvante; sus pupilas azules y vídriosas tienden á ocultarse tras de los párpados dejándole en

blanco los ojos, y de la colcha arrugada sale un brazo mutilado envuelto en vendajes. Os empozofia el olor nauseabundo de cadáver, y la fiebre que devora y abraza los miembros del agonizante parece penetrar en vuestro propio cuerpo.

—¿No tiene conocimiento?—preguntais á la mujer que os acompaña afectuosamente y para la cual ya no sois un extraño.

—No, conoce aún, pero está muy malo.—Y añade en voz baja.—Le he dado un poco de té hace poco; no es nada mío; pero á una le dá lástima, ¿no es verdad? Pues bien, á duras penas ha podido beber algunas cucharadas.

—¿Cómo estáis?—le preguntais.

Al sonido de vuestra voz sus pupilas se vuelven hacia vosotros, pero el herido ya no vé ni entiende nada.

—¡Esto abraza el corazón!—murmura.

Algo más lejos, un veterano se muda de ropa. Su rostro y su cuerpo aparecen de idéntico atezado color y con demacración de esqueleto. Fáltale un brazo, desarticulado por el hombro, se halla sentado sobre la cama; está ya restablecido, pero en su mirada, sin brillo, sin vida, en su espantosa delgadez, en su faz arrugada, comprendéis que aquel pobre ser pasó ya la parte mejor de su existencia padeciendo.

será más que un cuadro pintoresco, un episodio militar; el trinar del cañón, un acompañamiento militar grandioso, y no habrá nada de común entre aquel cuadro, aquél estampido y la impresión precisa, personal, del sufrimiento y de la muerte, evocada por la vista de la sala de operaciones.

Dejad atrás la iglesia, la barriada, y entrareis en el barrio más animado, más bullicioso de la población. A entreambos lados de la calle: muestras de tiendas y de fondas. Aquí, mercederos, mujeres tocadas con sombreros ó pañuelos, oficiales con vistosos uniformes; todo os demuestra valor, la confianza, la seguridad de los habi antes.

Entrad á la derecha en este restaurant. Si ponéis atención á las conversaciones de los marinos y de los oficiales, oiréis contar los incidentes de la pasada noche, de la acción del 24: quejarse del alto precio de las chuletas mal preparadas, y citar á los compañeros muertos últimamente.

—¡Que el demonio me lleve! ¡Deliciosamente está uno ahora en su casa!—dice con voz de bajo, un oficialito blanco, rubio, casi albino, imberbe, con el cuello liado en una bufanda verde de lana.

—¿Y dónde está eso, su casa de V.?—le pregunta otro.

—En el cuarto baluarte—contesta el joven.—Y